



EXPEDIENTE
ABIERTO

DIÁLOGO Y NEGOCIACIÓN

EN NICARAGUA:

REFLEXIONES DESDE LA
VIVENCIA PERSONAL



Este trabajo fue escrito como parte del Programa de Becas para la
Democracia en Nicaragua patrocinado por Expediente Abierto



Victor Hugo Tinoco

Nacido en julio de 1952 en León, Nicaragua.

Fue dirigente estudiantil y líder guerrillero.

Ocupó importantes cargos diplomáticos.

Fue embajador ante las Naciones Unidas y también desempeñó los roles de vicescanciller y canciller bajo la ley. Se desempeñó como diputado durante tres períodos consecutivos. Opositor dentro y fuera del Frente Sandinista ante la deriva autoritaria de Daniel Ortega.



CRÉDITOS:

Autor: Victor Hugo Tinoco

Edición y revisión: Equipo investigación Expediente Abierto.

Diagramación y diseño: Expediente Abierto.

Índice

Introducción 05

I. Las negociaciones de los setenta 06

- a. Negociando entre armas 07
 - b. Negociando entre tendencias 09
 - c. Somoza: una negociación que no tuvo lugar. 10
-

II. Las negociaciones de los ochenta. 11

- a. Negociando en Manzanillo 12
 - b. Negociando en Contadora 14
 - c. Negociando en Esquipulas II 14
-

III. Las negociaciones en “democracia” 16

- a. Negociación entre Ortega y Alemán 16
 - b. Negociación fracasa entre Alemán y Montealegre. 16
-

IV. Las negociaciones de 2018 17

- a. Las negociaciones del futuro 21

Introducción

Este trabajo es fundamentalmente una sistematización de mis experiencias de negociación a lo largo de varias décadas dentro y fuera de Nicaragua. Son experiencias que me han llevado a identificar la importancia del diálogo y la negociación para la resolución de los conflictos, sean estos conflictos armados o crisis socio políticas.

No pretendo analizar todas las negociaciones que han existido en Nicaragua. Solamente busco examinar, principalmente, aquellos procesos dialogales o de negociación en los que participé o tuve algún tipo de incidencia. Este esfuerzo, entonces, surge en el marco del [Programa de Becas para la Democracia en Nicaragua](#) de Expediente Abierto, del cual soy parte.

De modo general, con el presente trabajo de sistematización de esas experiencias extraigo algunas ideas que vertebran toda la lógica de este trabajo. Estas están analizadas mediante el discernimiento de las vivencias en las que he participado, así como revisión documental sobre estos acontecimientos. A partir de ellos, las principales tesis son:

- Nicaragua no ha sido una sociedad dialogal; sin embargo, el que en un conflicto haya habido dialogo o no, ha marcado el rumbo de los acontecimientos futuros para bien o para mal.
- En la actual crisis sociopolítica de Nicaragua, se presentará, tarde o temprano, la necesidad de dialogar con el régimen Ortega Murillo para poder encontrarle una salida a esta crisis.

Las experiencias propias que me han llevado a extraer esas ideas, en secuencia cronológica, están presentadas en este trabajo. Primero, valoro algunas lecciones aprendidas en el calor de la década de los setenta, cuando fui combatiente. Luego, valoro otros aprendizajes en los complejos procesos diplomáticos de los que participé en los años ochenta. En la tercera parte de este trabajo, analizo, como casos negativos, negociaciones políticas que iniciaron un proceso de deterioro democrático en el país. Posteriormente, elaboro un análisis crítico de las negociaciones en el contexto de la crisis sociopolítica de 2018. Finalmente, propongo una serie de lecciones aprendidas de estas cuatro décadas para futuras negociaciones que permitan el retorno de la democracia en Nicaragua.

I. Las negociaciones de los setenta

En los años setenta, Nicaragua vivía una situación compleja.

La dictadura dinástica de los Somoza se había entronizado en Nicaragua desde mediados de los años treinta de ese siglo y estábamos bajo la bota del tercer Somoza en el poder. El Frente Sandinista, que proclamaba y practicaba la lucha armada, se convirtió en un símbolo atractivo para jóvenes, especialmente en las universidades y entre aquellos de edad mediana de los barrios de las principales ciudades del pacífico y del centro del país.

Se había conformado una columna guerrillera permanente en las profundidades de las montañas del norte y noreste del país, que, aunque no tenía mucha actividad armada, deviene en el símbolo más importante y atractivo del Frente Sandinista para los jóvenes de esa época. El movimiento estudiantil universitario, en prácticamente todas las facultades tanto de León como de Managua, era políticamente controlado y dirigido por los clandestinos de la ciudad, a través de los dirigentes estudiantiles electos en cada facultad universitaria.

Para esa década, los Somoza ya habían realizado varios fraudes electorales y habían desprestigiado la práctica y la vida electoral, como vía para solucionar el problema político de la dictadura y de la falta de democracia. Su ambición política solo dejaba espacio para la lucha armada en la mente de los jóvenes idealistas y desprendidos. Por ese entonces León, ciudad universitaria, vivía y era testigo de decenas de manifestaciones y protestas estudiantiles en contra de la dictadura somocista.

Es en ese contexto, alrededor de 1976, me correspondió en mi carácter de dirigente estudiantil, celebrar encuentros o negociaciones entre líderes estudiantiles y el jefe de la guardia en León, en la casa del rector Mariano Fiallos. El jefe de la guardia tenía una demanda principal, que las manifestaciones no pasaran por la cuadra del comando de la guardia, y los dirigentes estudiantiles, demandábamos principalmente la libertad de los estudiantes que estuvieran presos.

Llegamos a ese acuerdo y el mismo fue cumplido por ambas partes.

a. Negociando entre armas.

Corrían los primeros meses del año 79 y yo me encontraba al frente de una columna guerrillera, que fluctuaba entre 50 a 60 hombres y mujeres. Casi todos ellos eran de origen campesino, bastante bien armados con fusiles automáticos FAL y carabinas M1 y M14, más algunas escopetas. Esta columna operaba en un corredor que se extendía del poblado de Limay al norte, hasta la ciudad del Sauce, al sur, en los departamentos de Estelí y León.

Cuando se inició la insurrección final contra la dictadura somocista, atacamos una tras otra las poblaciones urbanas en ese corredor y entre ellas el poblado de Achuapa. Ya para entonces nuestra columna había crecido a unos 120 hombres, los más recientes ya sin armas de guerra.

Los efectivos de la Guardia de Somoza tenían la instrucción de atrincherarse en su comando cada vez que fuesen atacados. Eso fue lo que hicieron de nuevo en esta ocasión. Nosotros los rodeamos y comenzó el asedio que duro 3 días con sus noches.

Eran 30 guardias de Somoza armados de fusiles garand, que era un arma de la segunda guerra Mundial pero temible por su poder. La ventaja principal de ellos era que contaban con dos fusiles ametralladoras de cinta continua Browning, que era capaz de atravesar paredes de bloque con facilidad. Estas ametralladoras eran manejadas por dos panameños.

Ya desde el primer día me convencí de que no los podríamos sacar de su trinchera solo con la fusilería ligera que nosotros teníamos. Me percate también que nuestras municiones estaban menguando rápidamente y no nos durarían mucho, a pesar de que ya estábamos racionando los disparos. Llegué a la conclusión que no quedaba otra opción más que negociar.

Las siguientes 48 horas pasé hablándoles por megáfono, ofreciéndoles respetar su vida y su libertad si se rendían. Les enviaba constantemente a sus familiares para que les hablaran y los convencieran, les mandé también al párroco del pueblo, que conocía porque había sido compañero mío en el Seminario de Managua. Incluso llegué a arriesgarme y negociar con el jefe de los guardias en el centro de la plaza del pueblo, solos los dos, sin armas, con todas nuestras respectivas fuerzas expectantes desde sus trincheras. Me convencí de que lo principal era transmitir confianza y credibilidad.

Nuestra principal demanda era que se rindieran y dejaran las armas y municiones en el comando, a cambio de lo cual, se les respetaría su vida, quedarían en libertad, se le daría dinero a cada uno de los soldados, le pondríamos transporte para que se fueran a Honduras e irían acompañados del párroco del pueblo, al cual ya había logrado convencer para que hiciera eso.

Al final del tercer día de asedio, los guardias aceptaron la propuesta y yo cumplí al pie de la letra lo que les había ofrecido. Me sentí satisfecho porque habíamos salvado muchas vidas y recuperamos una importante cantidad de armas que se usaron para fortalecer el impulso final contra la dictadura.

En los últimos días de la insurrección, me encontraba en Matagalpa, adonde había sido llamado por los dos miembros de la Dirección Nacional que en esa ciudad se hallaban, Henry Ruiz, conocido como Modesto; el legendario dirigente de la Columna Guerrillera Pablo Úbeda, que había operado durante siete años en la profundidad de la montaña; y Bayardo Arce, conocido dirigente clandestino en las ciudades del país.

En esa ciudad se había concentrado un fuerte contingente de tropas guerrilleras. Habían estado asediando durante varias semanas a la fuerza de la guardia somocista en esa ciudad, se les había logrado desalojar de su atrincheramiento en el Club Social de Matagalpa en el Centro de la ciudad. Además, se habían replegado a atrincherarse de nuevo en el Hospital. De allí retrocedieron y se ubicaron en los cerros alrededor de la ciudad, desde donde con francotiradores, blanqueaban a cualquier persona que pasara por las bocacalles del sector sur de la ciudad. Realmente ofrecieron una fuerte resistencia en esa ciudad.

El 17 de Julio de 1979, Somoza de manera tardía dejó el poder y el país. Hizo lo que Estados Unidos, desde un año antes, le había demandado hacer. Él se aferró al poder y no quiso negociar.

Otro curso habría tomado la historia de Nicaragua, si hubiese aceptado dialogar y dejar el poder cuando se lo pidieron los estadounidenses. El curso de la Historia se marca por lo que se hace, pero también por lo que no se hace. La huida de Somoza desmoralizó a su ejército en todas partes. El Norte no fue la excepción.

El 18 de Julio las fuerzas del Frente Sandinista en Matagalpa se dislocaron. La mayoría avanzó hacia Managua y una columna de unos 120 hombres bien armados, bajo mi conducción, fue enviada hacia el norte a tomarse la ciudad de Jinotega que, durante esta insurrección final, no se había atacado.

Al irnos acercando a Jinotega, en un punto de la carretera, donde hoy empalma la carreta que viene del Guayabo, con la carretera que viene de Matagalpa en que nosotros avanzábamos, nos topamos con una delegación de la Cruz Roja. Ellos nos estaban esperando. Pidieron hablar con el jefe de la columna. Me plantearon que la guardia de Jinotega, junto con una parte de la guardia de Matagalpa, que se había replegado a esa ciudad. Mandaron a proponer que deponían las armas, si nosotros aceptamos las siguientes condiciones: Primero, respetar su vida; Segundo, no ser hechos prisioneros; Tercero, quedar bajo la custodia de la Cruz Roja.

Acepté la propuesta y solamente demandé que se concentren en la catedral de Jinotega (eran aproximadamente 400 guardias) y que las armas las dejaran en el Comando de la guardia. Así se acordó y cumplí a cabalidad con mis compromisos.

Estuve al frente de esa ciudad por una semana y después fui llamado a Managua a asumir nuevas responsabilidades fuera del país. Creo que esta negociación también logró salvar muchas vidas. En el comando se encontraron muchas y potentes armas. Estoy seguro de que esa guardia no se hubiese rendido, si no se les hubiese aceptado sus demandas para la rendición.

b. Negociando entre tendencias

Otro ángulo que es necesario abordar es cómo las negociaciones que se dan y las que no se dan, marcan el curso de los acontecimientos en el país. Ya al finalizar la década de los 70 se produjo una negociación que marcó el rumbo de la historia nicaragüense.

Resulta que desde 1975 se había producido la primera división interna en el FSLN. Ese año, sobre la base de una discusión sobre cuál era la estrategia correcta para derrotar a la dictadura, se formó como organización separada, lo que se llamó tendencia proletaria. Esta planteaba que debían concentrarse los esfuerzos y recursos, no en la montaña, sino en organizar en las ciudades a los obreros y trabajadores, para integrarlos a la lucha armada.

Esa división, los que éramos dirigentes estudiantiles, la vivimos como algo muy doloroso e irritante. Se dividió el movimiento estudiantil y los enfrentamientos verbales en los auditorios universitarios eran frecuentes. Una de las pocas cosas de que me he arrepentido en mi vida es haber tratado, y haber sido tratado, de forma tan dura a varios compañeros que después terminaron muriendo en la lucha contra la dictadura.

Esa división y encono continuó el año 75 y 76. En 1977 se produjo otra división en el tronco madre que era la Guerra Popular Prolongada (GPP). Surgió la Tendencia Insurreccional, también llamada Tercerista, por ser el tercer grupo que se formaba, que planteaba quitarle importancia a la lucha armada en la montaña, y concentrar los esfuerzos en las ciudades. Hacía esto no para organizar obreros y trabajadores sino para formar células con pobladores y armarlos para la acción armada insurreccional. Este último grupo se nutrió con militantes extraídos de estructuras organizadas que ya existían en las ciudades, y no tanto de nuevos miembros.

A finales del año 1978 se iniciaron negociaciones entre los líderes de las tres tendencias del FSLN. Desconozco interioridades de ese proceso de negociación que se desarrolló en Costa Rica, pero la aparición pública de una foto con los nueve líderes proclamando la Unidad, dio impulso a la lucha contra la dictadura al interior del país. También a nivel internacional mejoró la imagen del FSLN ante los gobiernos extranjeros de Estados Unidos, Panamá y Venezuela. Estos dos últimos países, más Cuba, incrementaron su apoyo político y suministraron más armas al movimiento guerrillero.

Debo decir que cuando comenzó la negociación, las tres tendencias eran asimétricas en su fuerza militar y organizada al interior del país. Sin embargo, el acuerdo se basó en una distribución de responsabilidades y de proyección política casi equitativa. Esta configuración no niega la existencia de rivalidades políticas y celos a todos los niveles de cada una de las tres organizaciones o tendencias, pero la dirigencia trató siempre de mantener los equilibrios y la Unidad. Este desarrollo unitario fue clave para el rumbo de los acontecimientos posteriores, incluyendo el éxito de la revolución misma.

c. Somoza: una negociación que no tuvo lugar.

Paralelamente al proceso negociador arriba mencionado, el gobierno de Estados Unidos, que había sostenido la dictadura somocista durante más de 40 años, presionó durante más de un año al dictador Somoza para que renunciara y celebrara elecciones libres. Esto daría espacio a un recambio en el liberalismo y fuerzas de derecha y posibilitaría una salida política a la crisis de Nicaragua.

El sector empresarial nacional se había organizado y demandaba la renuncia del dictador y la celebración de elecciones libres, todo en vano. Para presionar, el gobierno norteamericano había suspendido la ayuda financiera y militar a Somoza e incrementado la presión diplomática. Somoza estaba aislado y desprestigiado y ningún gobierno lo apoyaba. Somoza tuvo que recurrir a una mafia ultraconservadora en el senado norteamericano, que le facilitó los contactos en Israel con un grupo turbio en aquel país para comprar armas de infantería y algunos medios aéreos de guerra.

Somoza se negó a renunciar y se atornilló en el poder, como tantas veces ha ocurrido en la historia de nuestro país. Somoza había perdido su soporte estratégico y aun así no se flexibilizó. Esta es la negociación que no se dio, y su no ocurrencia marcó el rumbo de los acontecimientos posteriores. Estoy convencido, porque lo vi y sentí en el terreno militar interno, que esto fue clave para el futuro.



II. Las negociaciones de los ochenta

Esta década en la historia de Nicaragua fue también muy rica en experiencias de negociación al interior del país y en el escenario internacional. En las próximas páginas voy a relatar mi experiencia personal sobre al menos seis procesos de diálogo y negociación que se desarrollaron en esta década y que marcaron el curso de los acontecimientos en el país.

La década de los ochenta es marcada de manera determinante por la conjunción en el tiempo de dos fenómenos internacionales de naturaleza contraria, que chocaron y desencadenaron crisis y guerras a casi todo lo ancho del planeta.

1. Desde inicios de los años 70 comenzaron a triunfar movimientos de liberación nacional en África, Asia y América Latina.

Estos movimientos o eran anticolonialistas, luchaban por independizarse de las metrópolis coloniales europeas o eran antidictatoriales. Estos últimos surgían en países ya independizados desde hacía un buen tiempo, pero sometidos a dictaduras militares respaldadas por Estados Unidos o países europeos.

Así vimos el triunfo de estos movimientos de liberación en Irán, Vietnam, Argelia, Libia, El Congo, Rhodesia, Mozambique, Namibia, Grenada, Nicaragua y otros más.

Sería miope considerar que todo ese fenómeno fue producto de la maquinación de la entonces Unión Soviética, que sin duda maniobró para apoyar y profitar de muchos de esos procesos. Sin embargo, no es posible negar la fuerza y empuje endógeno anticolonialista, independentista y antidictatorial que era su impulso fundamental.

2. A inicio de los años 80, surgió con fuerza en los países desarrollados una ola de gobiernos y movimientos políticos neoconservadores que liderados por Ronald Reagan y Margaret Thatcher se planteó, entre otros objetivos, frenar y hacer retroceder a los movimientos de liberación Nacional. Estos eran vistos como avances de la Unión Soviética en el tercer mundo.

Eran vistos como nuevo escenario de la vieja Guerra Fría, nacida después del fin de la Segunda Guerra Mundial. Toda esta visión e intención se plasmó con mucha claridad por los ideólogos de la ola neoconservadora en el escrito conocido como Documento de Santa Fe¹. Es en el contexto del choque de esos dos movimientos globales, que se dio el surgimiento e inicio de la Revolución Sandinista en Nicaragua.

1 Revista Envío (1988). Santa Fe II: [El imperialismo ante América Latina.](#)

Prácticamente todos los fenómenos que se dan en esa década son difíciles de explicar si no es en ese contexto de estas dos fuerzas. Los diálogos y negociaciones que se produjeron en esa década y de los que participé son marcados por lo mismo.

a. Negociando en Manzanillo

En 1983, con la guerra en Nicaragua entre las fuerzas de la contrarrevolución y las fuerzas de la revolución entrando ya en su tercer año, se abrió una posibilidad de negociación entre El gobierno de Estados Unidos y el gobierno de Nicaragua. La iniciativa provino de la parte norteamericana.

Pienso esto se explica porque el gobierno de Reagan estaba enfrentando creciente oposición en la sociedad norteamericana y particularmente en el Congreso, al desarrollo de esa guerra. La administración necesitaba darle más legitimidad a su política de guerra y apoyo a la contrarrevolución. En ese contexto se inició esta negociación.

Fueron nueve encuentros celebrados bajo la facilitación del gobierno de México a lo largo de casi todo el año 83. Se celebran en el balneario de Manzanillo, en el pacífico mexicano. La delegación norteamericana fue encabezada por el embajador Harry Shlaudeman, para entonces funcionario del Departamento de Estado y quien había sido embajador en Nicaragua. Como segundo en la negociación estaba el funcionario encargado del Nicaraguan Desk en el Consejo de Seguridad norteamericano, y el entonces embajador en Nicaragua Harry Bergold.

La delegación nicaragüense fue encabezada por mi persona, pues fungía para entonces como vicescanciller y como representante de Nicaragua ante el Consejo de Seguridad de Naciones Unidas. También estaba el general del Ejército Popular Sandinista, Joaquín Cuadra, y el jefe de relaciones internacionales del FSLN, Julio López Campos. A lo largo de esas nueve sesiones de negociación hubo diferentes niveles de desavenencia y propuestas o planteamientos de ambas partes.

En esencia los planteamientos eran los siguientes:

La parte nicaragüense proponía:

- a. Cesar la ayuda a la contrarrevolución por parte de Estados Unidos.
- b. Acordar un balance razonable de fuerzas militares entre, por un lado, Nicaragua, y por el otro lado, los países centroamericanos hostiles a la revolución, entiéndase Honduras, El Salvador y Guatemala.

Para ello se asignaría un valor en puntos a cada tipo de arma terrestre o aérea y se harían las sumatorias correspondientes. En su momento Nicaragua entrego una propuesta asignando el valor en puntos de cada arma, esto es, tanques, aviones, artillería, fusiles etc.

Por su parte Estados Unidos planteaba:

- a. Que Nicaragua se alejara de la Unión Soviética y sus aliados del este de Europa.
- b. Cesar el apoyo militar al FMLN en El Salvador, a la URNG en Guatemala y al movimiento Cinchonero en Honduras.
- c. Programar y efectuar elecciones libres y transparentes en Nicaragua.

Estoy convencido que esta negociación no terminó en ningún acuerdo por varios motivos. Por un lado, el gobierno de Estados Unidos había cumplido su propósito de demostrar ante el congreso de Estados Unidos que había intentado negociar con Nicaragua y no había sido posible, eso con el objetivo de que se le otorgase una partida para financiar la contrarrevolución.

Es decir, la administración estadounidense todavía pensaba que podía derrotar militarmente a la Revolución Sandinista. Por otro lado, el Gobierno Sandinista, hacia 1983, tampoco estaba dispuesto a hacer muchas concesiones en la negociación, pues no sentía que fuese perdiendo la guerra. En síntesis, no había condiciones en ninguno de los dos lados para alcanzar un acuerdo.



Foto: Pedro Valtierra/Cuartoscuro

b. Negociando en Contadora

Desde el año 83 y a todo lo largo de 1984 se desarrolló esta iniciativa de negociación que impulsada por México principalmente. Estaba conformada por un grupo de países mediadores compuesto por México, Panamá, Colombia y Venezuela y donde participaron los cinco países centroamericanos.

Estas reuniones se dieron en algunos casos a nivel de los cancilleres centroamericanos, pero en su inmensa mayoría fueron reuniones a nivel de comisiones técnicas encabezadas por los vicescancilleres de los países centroamericanos. Estas últimas fueron varias docenas de reuniones realizadas principalmente en Panamá y algunas en Guatemala.

En este marco, las partes, principalmente Nicaragua y Honduras, llegaron incluso a presentar propuestas de puntajes para las armas existentes en la región, a fin de buscar un balance razonable de fuerzas en la misma. El tema de la celebración de elecciones libres y supervisadas en los cinco países de la región también estuvo siempre sobre la mesa.

Todo este conjunto de reuniones no termino en ningún acuerdo, básicamente porque a esas alturas de 1984, la guerra no había llegado a su pico máximo que fue en los años 1985 y 1986. En 1984, por tanto, las partes no tenían incentivos para ponerle fin al conflicto mediante una negociación, pues buscaban vencer a la otra parte.

c. Negociando en Esquipulas II

Estos acuerdos de paz y democratización se produjeron en 1987. Surgieron como consecuencia del cansancio generalizado de los pueblos y gobiernos centroamericanos con las guerras civiles que se desarrollaban sobre todo en Nicaragua, El Salvador y Guatemala.

Las guerras significaban únicamente decenas de miles de muertos, sino también un profundo estancamiento económico y retroceso social, como consecuencia de la huida de la inversión extranjera directa, el enlentecimiento de la inversión nacional y la destrucción material sobre todo en Nicaragua y el Salvador. En ese contexto surgió la iniciativa del presidente guatemalteco, Vinicio Cerezo Arévalo, para que se reúnan los cinco presidentes centroamericanos en Esquipulas, Guatemala.

Esa reunión produjo los acuerdos de Esquipulas II, nacidos de la necesidad propia de los centroamericanos ([véase el documento de Mauricio Díaz, también becario de este programa](#)). Considero que el gobierno de Estados Unidos no jugó un papel importante en el nacimiento de estos acuerdos de Esquipulas, inclusive inicialmente los vieron con recelo. Posteriormente Estados Unidos los respaldó y comenzaron a darle más valor al concepto y la propuesta que el presidente Arias, de Costa Rica, impulsaba en el marco de esos acuerdos.

Esta última propuesta, en lo fundamental, planteaba la desmovilización de las fuerzas irregulares en los tres países más conflictuados a cambio de la realización de elecciones libres y verdaderas en Centroamérica. La comunidad internacional en general se aglutinó alrededor de este planteamiento.

Considero que Estados Unidos y la Unión Soviética vieron este planteamiento como una solución razonable al problema, que les permitiría liberarse de la carga que ya pesaba política y financieramente tras siete años de guerra cruenta. No tengo dudas que estas potencias se pusieron de acuerdo para presionar cada uno por su lado a sus respectivos aliados en la región para que llegara a feliz término ese acuerdo de paz. Me consta personalmente que funcionarios soviéticos presionaron en ese sentido, particularmente Boris Yeltsin que visitó personalmente Nicaragua y conversó con la dirigencia sandinista.

Años después supe, de boca de un antiguo miembro de la dirigencia política de la Resistencia Nicaragüense, que más o menos para la misma época, Washington había llamado a una reunión en Langley, Virginia, a la dirigencia política de la contrarrevolución y algunos de los principales dirigentes militares. Los habían conminado a buscar un acuerdo de paz, porque la ayuda para ellos no iba a continuar. Me contó que solo se habían preocupado porque les devolvieran todos los cohetes antiaéreos tierra aire que les habían suministrado.

Este factor de presión de las potencias, contribuyo sin duda a que las negociaciones posteriores, avanzaran sobre rieles. Se dieron sucesivas reuniones de presidentes en Tela, Honduras, y en Costa del Sol, El Salvador. Así mismo reuniones de Cancilleres y de equipos técnicos en varios países.

Se dieron los acuerdos de Sapoa entre las dirigencias políticas de ambos bandos, negociaciones en el hotel Camino Real y posteriormente seis reuniones entre los jefes de tarea de la contra y una delegación sandinista que me tocó encabezar en República Dominicana, Costa Rica, Guatemala, New Orleans, Nueva York y Washington. En todos estos espacios afinamos cómo sería todo el proceso de desmovilización y desarme de la Resistencia.

Hay que decir que además de ese entendimiento entre las potencias, había urgencias o incentivos para varios países para ponerle fin a la guerra. En el caso particular de Nicaragua, había muchas motivaciones para poner fin al conflicto. No se veía solución pronta para el mismo, la situación económica y social era desastrosa, el tejido social estaba totalmente desgarrado, con una guerra civil entre los jóvenes del campo apoyando a la Contra y los jóvenes de las ciudades apoyando al sandinismo. En el caso del sandinismo, era tal la urgencia por poner fin a la guerra, que cuando se vio que los procesos de negociación en El Salvador y Guatemala iban muy lentos, se decidió, unilateralmente, dejar a un lado la exigencia del acuerdo de Esquipulas que todos los países avanzaran simultáneamente y se decidió incluso, adelantar las elecciones por un año. Es decir, para negociar, hay que tener la necesidad de hacerlo.

III. Las negociaciones en “democracia”

Para fines de este estudio, en esta década, considero útil reseñar las siguientes negociaciones.

a. Negociación entre Ortega y Alemán.

Ortega y Alemán sostuvieron negociaciones secretas en 1998. Estas reuniones eran desconocidas para buena parte de los liderazgos de ambos partidos. De cómo evolucionaron los hechos posteriormente se depende que en la misma acordaron una alternancia en el poder para ambos partidos, alternancia que excluiría a cualquier otra fuerza. Acordaron votar de manera unida en el parlamento todos los temas o iniciativas de ley que aseguraran lo acordado, ello incluía una reforma constitucional que estableciera la reelección presidencial indefinida.

Después, esta negociación secreta se formalizó al establecerse una comisión negociadora pública que afinó todos los detalles de reformas de leyes, incluyendo la reforma constitucional del año 2000. Lo negociado por Ortega y Alemán fue a todas luces un golpe demoledor a la endeble y reciente vida democrática de Nicaragua, que había empezado a dar sus primeros pasos en 1990. Esta negociación marcó el destino político de Nicaragua los siguientes 25 años. Hay que decir que la resistencia a este acuerdo vino únicamente de figuras y sectores sandinistas.

b. Negociación fracasada entre Alemán y Montealegre.

Esta negociación se da en el año 2006, previo a las elecciones presidenciales de 2007. Los sectores liberales seguían teniendo apoyo mayoritario entre la población, pero su liderazgo estaba dividido. Fue básicamente una rivalidad entre Arnoldo Alemán y Eduardo Montealegre. El primero seguía teniendo un vínculo cercano con Ortega, como continuidad del acuerdo de 1998 entre ambos. Arnoldo propuso a José Rizo como candidato a la presidencia y Montealegre deseó ser el candidato.

Se sabe que sostuvieron varios encuentros, pero al final no se pusieron de acuerdo. Esto los llevó a ir divididos a las elecciones de 2006. El resultado fue que Ortega ganó con el 38% de los votos y los dos candidatos liberales separados sumaron cerca del 60 por ciento. Este es un ejemplo muy claro de como una negociación que no fructificó, marco el rumbo de la historia de Nicaragua. A partir de allí, paulatinamente se fue fortaleciendo la deriva autoritaria, cada vez más extrema del régimen de Daniel Ortega.

IV. Las negociaciones de 2018

Este trabajo sobre Diálogo y negociación, ha sido básicamente una sistematización de mis experiencias personales sobre el tema a lo largo de cuatro décadas. En el caso de las negociaciones que se dieron en 2018, después de la rebelión espontánea de ese año, no tuve una participación directa en las mismas. Sin embargo, pude seguirlas de cerca y voy a compartir mi apreciación sobre las mismas y el entorno en que se dieron.

Debemos estar claros, primero, sobre la naturaleza de la rebelión popular de 2018. Fue una movilización totalmente espontánea. Es decir, ninguna fuerza política, económica o social la organizó, sino que se produjo como resultado del acumulado de agravios que el pueblo nicaragüense fue sufriendo a lo largo de los primeros diez años del segundo período de gobierno de Daniel Ortega.

Esos agravios se daban en la superestructura política. Por ejemplo, se aprobaban leyes en el parlamento que iban desmontando paulatinamente, con la complicidad de los diputados del PLC, la independencia de los poderes judicial y electoral frente al poder ejecutivo. Así mismo se aprobaban leyes que convertían al Ejército y a la Policía en instituciones que debían su lealtad a Daniel Ortega como persona, olvidándose de la lealtad a la constitución.

Los agravios se producían también en la vida cotidiana de las personas, en barrios y zonas rurales. Por ejemplo, la distribución de láminas de zinc para familias pobres, que se financiaba con el presupuesto de la República, se asignaba de manera selectiva a los que consideraban simpatizantes del régimen o demostraban lealtad a los líderes barriales, o demostraban que iban a las actividades políticas del gobierno.

En las zonas rurales, la asignación de aves de corral seguía los mismos criterios que en los barrios de las zonas urbanas. Hay reportes de que, por ejemplo, si se moría un familiar, ningún médico del centro de salud del barrio podía llegar a certificar la muerte, si no llegabas con una carta firmada por el secretario político del FSLN en ese barrio. Tampoco el cementerio aceptaba enterrar personas, sino llevabas la misma carta.

En los barrios, esos secretarios políticos y sus equipos espiaban y acosaban constantemente a los ciudadanos y con frecuencia se les acusaba falsamente ante la Policía. En las universidades públicas, los estudiantes no tenían el derecho de organizarse, si no era en la organización controlada por el FSLN.

Todos esos atropellos y agravios, entre muchos otros, fueron sufridos en silencio por la población durante diez años, hasta que estalló en 2018 la rebelión, donde la chispa fue una reforma retrógrada a la Ley de Seguridad Social, que, entre otras cosas, rebajaba las pensiones de vejez.

La primera reacción del régimen fue lanzar a la policía y sus grupos paramilitares a reprimir los primeros focos de protesta en diferentes ciudades. Eso produjo de inmediato una reacción instintiva de la población en barrios y de los estudiantes en las universidades de atrincherarse para protegerse de la represión. De la noche a la mañana empezaron a aparecer decenas y decenas de barricadas de autoprotección en los barrios populares de Managua y otras ciudades del país, a la vez que los estudiantes, ante la represión desatada por las fuerzas afines al régimen, se tomaban y se atrincheraban en sus sedes universitarias. En el lapso de dos meses, desde que inició la protesta el 18 de abril hasta mediados de junio, hubo marchas masivas de protesta, sin precedentes en la historia de Nicaragua, varias de las cuales convocaron a más de 100,000 personas cada una.

Un segundo asunto que hay que dejar claro en este resumen, es que el régimen Ortega Murillo no esperaba un fenómeno político y social de estas magnitudes. ¿Porque no lo vieron venir? Hay varias razones.

Primero, hay que decir que el régimen estaba demasiado concentrado en usufructuar al máximo el modelo corporativo de gobierno que desde hacía ocho años tenía acordado con los grupos financieros y bancarios del país. Este modelo le había funcionado muy bien al régimen, pues contaba con el visto bueno del gobierno de Estados Unidos y las instituciones financieras internacionales, aunque afectaba fuertemente los intereses de los sectores populares. El mecanismo llegó al extremo de suplantar de manera desfachatada al parlamento, llegando a discutir y consensar hasta 226 leyes, dejando de lado a diputados, pues su función se había reducido a apretar el botón de votación.

En ese periodo de ocho años, la Agencia de Estados Unidos para el Desarrollo, USAID, dio el máximo de cooperación directa al gobierno de Nicaragua. El FMI, el Banco Mundial y el BID también fueron muy generosos. El BCIE dio prestamos récords a Nicaragua, acercándose a los 850 millones de dólares en ese lapso, por encima de lo que recibió cualquier otro país centroamericano. La construcción de infraestructura y el equilibrio fiscal en el país fue lo más beneficiado, aunque menos se sintieron los efectos positivos en la microeconomía o economía familiar. En ese marco, los círculos en el poder vieron crecer enormemente la riqueza de sus miembros. Por todo ello no es de extrañar que el régimen estuviese concentrado en esa larga luna de miel.



Otro asunto que explica que no hayan visto venir la rebelión, es que los aparatos de inteligencia, tanto en el Ejército como en la Policía, se habían concentrado en darle seguimiento a los partidos políticos, organizaciones críticas al gobierno y movimientos sociales. Sin embargo, dado que esa fue una rebelión no organizada ni conducida, no pudieron prever su llegada. Pero como suele suceder en la historia de Nicaragua, los problemas no vinieron por lo económico, sino por lo político.

Efectivamente, paralelo a lo antes descrito, mientras iba avanzando a paso acelerado el desmantelamiento de la débil y reciente institucionalidad democrática del país, al mismo tiempo se aceleraba la construcción de las bases de un régimen con sucesión familiar. Este es otro infortunio que se pretende reeditar y consolidar en nuestra historia.

El año 2016 fue muy elocuente sobre lo que se nos avecinaba. Ese año se expulsó del parlamento, sin forma ni figura legal alguna, a todos los diputados de oposición y quedan en el parlamento solo orteguistas y aliados abiertos del mismo. Pocos meses después Ortega anunció que su esposa, Rosario Murillo, sería la candidata a la vicepresidencia.

Lo anterior fue el principio del fin del modelo corporativista, que murió finalmente en junio de 2018, después de la rebelión espontánea de abril y las represiones mortales del mismo año. Allí también murió la confianza de Estados Unidos y de los organismos financieros internacionales en el gobierno de Ortega.

En todo ese complejo e intenso contexto se dieron las negociaciones de mayo y junio de 2018 entre el gobierno de Ortega y los sectores políticos, sociales y económicos que lo cuestionaban. Después de las primeras dos semanas de protesta, el régimen se percató que no podía seguir procediendo de la misma forma, que se le estaba desmoronando el entendimiento con los sectores económicos y empresariales, así como con el gobierno de Estados Unidos. Por ello mandó a plantear a los empresarios que quería negociar con ellos.

Estos se dieron cuenta de la complejidad de la situación, por lo que respondieron que el gobierno debía proponer a la jerarquía de la Iglesia Católica se encargase de organizar y dirigir un diálogo con todos los sectores involucrados en la crisis. El gobierno aceptó el planteamiento y les ofrece a los obispos hacerse cargo. La Conferencia Episcopal aceptó el reto y comenzó a realizar los primeros contactos.

La parte inicial más difícil de este encargo era definir quién iba a ser el interlocutor por la oposición frente al régimen. Se dieron una serie de contactos y negociaciones de ida y venida entre los obispos y los diferentes grupos que protestaban y también entre los obispos y el gobierno. El gobierno intentó inicialmente que en la delegación de los grupos opositores participaran también las organizaciones gremiales subordinadas al régimen, pero esto no fue aceptado ni por los obispos ni por los grupos que protestaban. Finalmente, los obispos presentaron los nombres de quienes estarían en la negociación por la parte opositora. Esto tomó un par de semanas.

Hay que decir que, en un periodo extremadamente corto de tiempo, los diferentes grupos políticos, sociales y económicos que protestaban lograron un altísimo nivel de identificación y coincidencias, lo que se tradujo en el surgimiento de la Alianza Cívica por la Justicia y la Democracia. Esta organización se constituyó en el legítimo interlocutor frente al gobierno.

Las negociaciones se iniciaron en mayo con una sesión más bien protocolaria y continuaron con dos sesiones más sustantivas. La demanda del régimen era básicamente una: desmontar los tranques o barricadas de protesta que aun continuaban en algunas carreteras y ciudades del país. Las demandas de la oposición eran varias: detener la represión contra los grupos que protestaban; liberar a los detenidos en el marco de las protestas; iniciar acciones para buscar justicia a los crímenes hasta ese momento cometidos; adelantar las elecciones programadas para 2021 y organizar elecciones libres y supervisadas en un tiempo prudencial.

Cuando se analizan en frío las propuestas de las dos partes, se puede notar que los actores de la negociación, régimen y sectores en protesta tenían expectativas muy distintas de para que era esa negociación. El gobierno la quería para poner fin a la protesta y volver al estado de cosas existentes antes de las mismas y quizás salvar el modelo de gobierno corporativo que se había derrumbado. En síntesis, era un interés instrumental y muy limitado. Los grupos en protesta negociaban para buscar justicia por lo acontecido y querían restaurar la democracia en el país para acabar con el estatus quo político previamente existente. Es decir, buscaban revertir todo el proceso de dismantelamiento de la institucionalidad democrática de los últimos años. En síntesis, un cambio de fondo.

Es evidente que los objetivos eran radicalmente distintos y no había forma de conciliarlos. Aún antes de la masacre de mediados de junio, se hizo claro que no había posibilidad de entendimiento. Así lo entendió la jerarquía católica y se retiraron de su papel de mediación en esa negociación.

Hay que decir que, en esta negociación fallida, ambas partes tenían intereses o incentivos para buscar una negociación. Por eso se dio, pero los objetivos eran muy distintos y de diferente magnitud por lo que no fue posible llegar a ningún acuerdo.

Después de este esfuerzo negociador, se continuó y profundizó la deriva autoritaria del régimen. Las elecciones del 2021 agravaron la farsa democrática en Nicaragua, al impedir que hubiera candidatos opositores y al apresar y posteriormente desterrar y expatriar a centenares de personas. Sin embargo, el tiempo no pasa en vano, las condiciones se modifican y eventualmente se vuelve a necesitar del diálogo y negociación como instrumento de solución de la persistente crisis.

a. Sobre las negociaciones del futuro

Sin embargo, el tiempo no pasa en vano, las circunstancias, condiciones y actitudes de los actores en pugna se modifican. El lado opositor va madurando paulatinamente, aumentando su capacidad de tolerancia e interlocución que le permite avanzar en la construcción de una concertación amplia, más allá de las ideologías, concentrándose en lo que los une y no en las diferencias, con el objetivo común de abrir la ruta democrática en Nicaragua.

El Régimen Ortega Murillo por su parte sufre el cada vez mayor desgaste del ejercicio del poder en una situación de siete años de ininterrumpida crisis económica, social y política. El aislamiento internacional es impresionante. El acoso y la represión sobre el pueblo es asombroso. Se acumulan los atropellos a los derechos humanos, los agravios se multiplican entre amplios sectores de población. El mismo sandinismo histórico es víctima cada vez más ampliamente de acoso y persecución. Esperanzas de tablas de salvación desde Rusia y China se evaporan en el aire.

La conclusión de este estado de cosas es que no hay salida para el país mientras persista el actual modelo político de represión generalizada y cierre de todo espacio político. Tarde o temprano se impondrá el convencimiento en el régimen de que deben dialogar y negociar, para poder unir al pueblo nicaragüense y todos juntos sacar a Nicaragua de la pobreza, la marginalidad, la tensión y la angustia. Será un esfuerzo de todos en que todos ganemos algo y Nicaragua brille de nuevo.

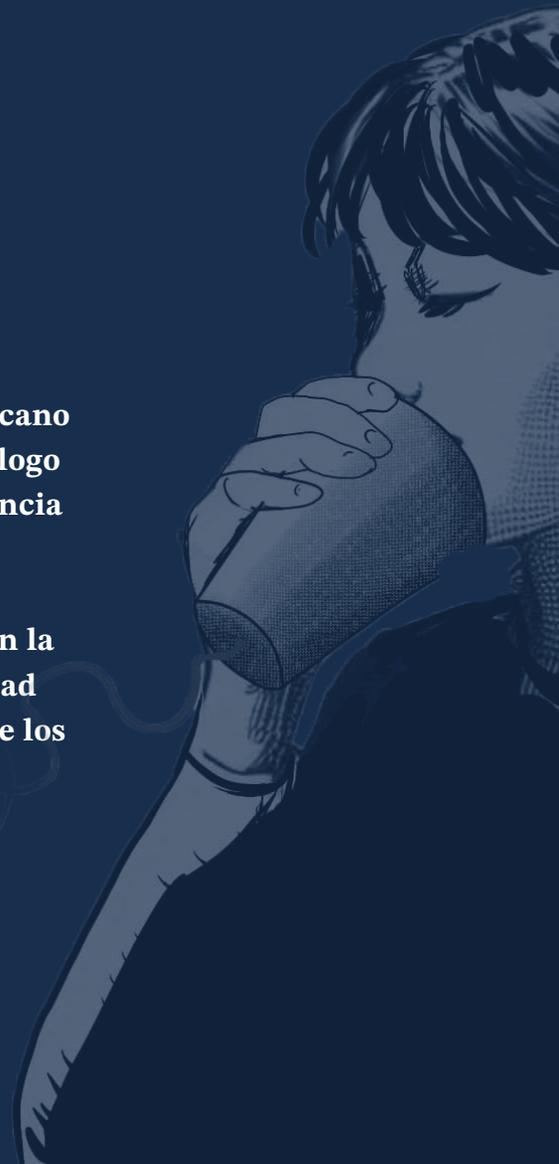


Foto: Cesar Perez



EXPEDIENTE
ABIERTO

Expediente Abierto es un centro de pensamiento centroamericano emergente orientado a la investigación y la promoción del diálogo sobre seguridad y defensa, asuntos internacionales, transparencia y derechos humanos. Reúne investigadores y practicantes del hemisferio para generar análisis sin filiación política y que buscan contribuir a la discusión de temas de interés general en la sociedad como seguridad, eficiencia del sector público, opacidad institucional, crimen organizado, corrupción y fiscalización de los recursos públicos.





Investigación para la Innovación y la Inclusión

www.expedienteabierto.org

@ExpAbierto

